

Los Pioneros y la Epopeya Magallánica: construcción de historia y patrimonio regional en el Museo del Recuerdo de Punta Arenas

The Pioneers and the Magellanic Epic: construction of history and regional patrimony in the Museo del Recuerdo of Punta Arenas

ANDRÉS AZÚA SÁNCHEZ*

RESUMEN

Este artículo aborda la muestra patrimonial del Museo del Recuerdo desde las siguientes perspectivas: la circulación, donación y adquisición de objetos para el museo; el discurso y la obra histórica que le da sentido a las colecciones; y las nociones generales sobre historia regional y patrimonio que manejan y adquieren los visitantes al recorrer el museo. A partir de ello, se define el proceso de construcción de historia y patrimonio regional que opera dentro de este.

PALABRAS CLAVE: *identidad, patrimonio, pioneros, valor, metarrelato.*

ABSTRACT

This article addresses the patrimonial exhibition of Museo del Recuerdo from the following perspectives: the circulation, donation and acquisition of objects for the museum; the historical discourse and work that gives sense to the collections; and the general notions of regional history and patrimony that handle and acquire the visitors of the museum. Thereon, it is defined the process of construction of regional history and patrimony that operates inside it.

KEYWORDS: *identity, patrimony, pioneers, value, metanarrative.*

* Licenciado en Antropología Social, Universidad de Chile. E-mail: andresazua@gmail.com

INTRODUCCIÓN

El Museo del Recuerdo, ubicado al interior del Instituto de la Patagonia, es una muestra de carácter patrimonial que se enfoca en la actividad pionera durante la época de colonización del territorio de Magallanes, desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Esta muestra se halla compuesta principalmente por las herramientas de trabajo y enseres domésticos de los que se valieron los primeros pobladores de la región.

La siguiente investigación busca profundizar en las construcciones históricas que dan sentido a esta muestra museográfica, y ver cómo es percibida por el público que visita el museo. A partir de una serie de entrevistas semiestructuradas realizadas a visitantes tanto nacionales como regionales y la revisión de los comentarios escritos en el libro de visitas, se pretende dar cuenta de las representaciones sobre historia y patrimonio regional que se forman los sujetos luego de entrar en contacto con las colecciones materiales.

Estas representaciones se abordan en tanto expresiones de un discurso público que alude a temas como la historia regional, la identidad y un patrimonio cultural compartido. La formación de las colecciones del Museo del Recuerdo se encuentra estrechamente ligada a la labor del historiador regional Mateo Martinic, principal gestor de su formación. Por ello, se ha complementado la información obtenida en el trabajo de campo con la revisión de la obra y algunos documentos históricos de su autoría. Además se ha profundizado en el sistema de donaciones privadas que da origen al patrimonio material del museo.

En última instancia, esta investigación pretende abordar tanto la historia como el patrimonio regional en función de los procesos de construcción identitaria en la región de Magallanes, a partir de la idea de que los museos son espacios de tensión simbólica y disputa de significantes, en los que se elabora una interpretación específica de un grupo humano particular.

DESCRIPCIÓN DE LA MUESTRA MUSEOGRÁFICA

El Museo del Recuerdo cuenta con una exposición al aire libre, una cochera, un garaje antiguo y seis pabellones con muestras bajo techo. Fue creado en 1971 bajo el siguiente lema, que figura a un costado de la exposición al aire libre: “Es un deber conservar los elementos de trabajo que ayudaron a los pioneros a construir la civilización y el progreso en la Patagonia y Tierra del Fuego”. Otra alusión del mismo tipo aparece en un documento mecanografiado inédito (Ver Anexo 1) de Martinic (1981):

El Museo del Recuerdo constituye una muestra de carácter histórico-cultural y costumbrista conformada por artefactos de trabajo y servicios, útiles de labranza, maquinaria y vehículos, que en su variedad y conjunto expresan aspectos de la evolución progresista de la economía y sociedad de Magallanes, en especial la fase de colonización pionera, desde fines del siglo pasado y durante la primera mitad del actual. (p. 1)

Es por ello que la mayoría de los objetos que componen la muestra han sido donados por herederos de antiguas familias de pioneros y colonos de Magallanes, además de algunas empresas y organizaciones como la Cruz Roja, la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), etc.

La exposición al aire libre está compuesta principalmente por vehículos de trabajo, entre los que se encuentran los de tracción animal como carretas, coches de reparto, *sulkys*, sembradoras, trilladoras, trineos, etc.; así como también vehículos a vapor y a gasolina como tractores, calderas, locomotoras, aplanadoras y otras máquinas, en su mayoría traídas desde Inglaterra en el contexto de la Revolución Industrial. También figura una torre de perforación petrolera que da cuenta de la importancia de esta actividad para la economía de la región.



Fig. 1. Vista panorámica de la exposición al aire libre.

Fuente: Foto del autor, 2015.

El primer pabellón del recorrido es el “Pabellón Ganadero Enrique Reynard”, bautizado en honor a este “pionero iniciador de la ganadería ovina en la Patagonia Austral y Tierra del Fuego, año 1877” (señalética) que emula la estructura de un antiguo galpón de esquila. Los instrumentos que se exhiben en este pabellón –una prensa enfardadora y una balanza– son también de manufactura inglesa.

En la cochera “Alberto Fleury” se exhiben antiguos coches de paseo, en su mayoría pertenecientes a los pioneros Braun o Menéndez, y un par de ambulancias de principios del siglo XX. Una breve reseña sobre el personaje que da nombre a este pabellón indica que fue el primero en instalar un establecimiento destinado a la fabricación y reparación de carros en Magallanes. Por otro lado, en el “Garage Antiguo” se exhiben tres vehículos motorizados, “como homenaje a los pioneros conductores y mecánicos de los primeros automotores que circularon en la región contribuyendo a la apertura de rutas de progreso” (señalética).

El siguiente pabellón, “Casa típica de la Colonia Magallanes 1875-1880” o “Casa Pionera”, consiste en una antigua vivienda de cuatro habitaciones equipada con los enseres

domésticos propios de los primeros colonos. Sobre esta casa se señala en la entrada al pabellón que:

Su diseño sencillo obedecía a las necesidades y hábitos propios de una familia común de gente de trabajo, caracterizados por exigencias simples de confort utilitario, de acuerdo con la cultura popular de la época (...) testimonio histórico de una vivienda típica utilizada por una familia común de la Punta Arenas colonial del último cuarto del siglo XIX. (Señalética)



Fig. 2. Vista exterior del “Pabellón Ganadero Enrique Reynard”.

Fuente: Foto del autor, 2015.

En el “Pabellón marítimo José Menéndez”, se exhiben fotografías y elementos que formaron parte de la exploración marítima, la navegación mercante y de cabotaje, la actividad en los astilleros y la caza de ballenas y lobos marinos. Se mencionan principalmente las figuras de José Menéndez (pionero de la navegación a vapor en aguas magallánicas), José Nogueira (pionero de la navegación de cabotaje regional), Rodolfo Stubenrauch, “uno de los principales empresarios de la navegación mercante regional” (señalética) y Mauricio Braun, “armador y principal animador la actividad mercantil de Magallanes” (señalética). Una enorme fotografía del Estrecho de Magallanes en 1908, repleto de naves, da cuenta de un tiempo de bonanza en que el Estrecho de Magallanes era el único paso interoceánico entre el Atlántico y el Pacífico, lo que a su vez explica la gran presencia de tecnología europea y objetos de lujo en la región.

Finalmente, en los pabellones “Casa pionera rural patronal”, “Pabellón Dalmacia” y “Pabellón Baeriswyl” encontramos muestras misceláneas que aluden a diversos oficios y servicios que se desempeñaban en la ciudad a principios del siglo XX: el pequeño comercio urbano, la carpintería, la construcción urbana, la panadería, la relojería, la óptica, la botica, la sastrería, la odontología y la industria audiovisual. A la entrada de estos pabellones se hace mención a las distintas familias de colonos, en su mayoría europeas, que desempeñaron estos oficios. También se cuenta con una colección de vida rural compuesta por monturas, atalajes,

trampas para animales, rifles, dos reproducciones “ideales” de puestos de estancia y una muestra dedicada a la comunicación rural; así como con una sala de máquinas de escribir que pertenecieron a los antiguos bancos de Punta Arenas.



Fig. 3. Vista exterior de “Casa Pionera”.

Fuente: Foto del autor, 2015.

METODOLOGÍA

La metodología empleada durante la presente investigación se puede resumir en las siguientes tres actividades que fueron realizadas de manera simultánea durante los meses de enero y febrero del año 2014:

- Revisión de documentos y textos relativos al museo que abarca el inventario, la señalética, el libro de visitas, un documento inédito mecanografiado (Ver Anexo 1) y un reportaje aparecido en una desaparecida revista local. Estos documentos entregan información de variada índole respecto a las colecciones que se pueden apreciar en el museo. En el caso del inventario, figura el año de donación de cada objeto, una descripción del mismo y el nombre del donante, todo lo cual permite profundizar en la estructura general de donaciones privadas que subyace en la formación del museo (que es abordada en el apartado final de este artículo). La señalética, escrita en su mayoría –sino en su totalidad– por el historiador Mateo Martinic, permite establecer un vínculo entre las muestras que componen el museo y la obra historiográfica que lo sustenta, lo que, a su

vez, arroja luz sobre los criterios de selección que motivaron al museógrafo. El libro de visitas sirve para complementar la información obtenida en las entrevistas semiestructuradas, puesto que la mayoría de los comentarios que los visitantes del museo escriben en él se refieren a temas como el patrimonio, la identidad y los valores regionales o la apreciación estética de las muestras.

- Trabajo de campo que abarca la observación directa del espacio en general y las muestras museográficas, el acceso y mapeo del campo de estudio, además de entrevistas y conversaciones informales con trabajadores del museo (encargados de la preservación, porteros, guías).
- Entrevistas semiestructuradas: un total de 25, aplicadas a visitantes del museo (normalmente familias de 2 o 3 personas) de origen regional y nacional. Estas entrevistas se guiaron por las siguientes preguntas:
 - ¿Cuáles son los elementos de la muestra que más le llaman la atención?
 - ¿Cuál es el valor o significado que usted adjudica al patrimonio?
 - ¿Por qué cree que es importante conservar el patrimonio de un pueblo, una región, etc.?
 - ¿Qué imagen/percepción de la historia regional se forma a partir de la muestra museográfica?
 - ¿Observa alguna deficiencia, falta, sesgo u omisión en el museo? ¿Cuál(es)? ¿Qué sugerencia haría a los encargados del museo?

A veces, estas preguntas se realizaban al finalizar las visitas guiadas (a cargo de una estudiante de Pedagogía en Historia de la Universidad de Magallanes), luego de las cuales surgía, más que una entrevista, un grupo de discusión espontáneo en el que como moderadores debíamos cuidar que la conversación no se apartara demasiado de las temáticas de patrimonio e historia regional, en función de la reciente visita al museo. Estas instancias fueron de particular utilidad para analizar la circulación y significación de estos conceptos en el discurso público de los habitantes regionales y nacionales.

Con los insumos derivados de estos tres procedimientos, se realizó una triangulación a partir de las diversas fuentes de datos empleadas: observación, revisión de documentación inédita, conversación con los encargados y entrevistas a los visitantes; lo que permitió construir una imagen del Museo del Recuerdo sobre la cual se aplicó el posterior análisis.

REGISTRO DE IMPRESIONES DE LOS VISITANTES DEL MUSEO

Entre los visitantes del Museo del Recuerdo se advierten distintas formas de apreciar o valorar el patrimonio museográfico que, por no ser excluyentes entre sí, conviene concebirlas como distintas dimensiones de una apreciación general que los sujetos llevan a cabo respecto al patrimonio. Estas dimensiones, en la que ciertas apreciaciones, según sea el caso, aparecen más enfatizadas que otras, son las siguientes:

Por **dimensión estética** se entiende la valoración de los objetos exhibidos en función de su calidad estética, en un sentido coloquial: “El piano es genial y el dentista me gusta, es muy lindo” (Libro de visitas, S.F.); “La parte que más me gustó fue la del cine y también la relojería” (Libro de visitas, 25 de enero, 2011); “A mí me gustaron las casitas, los pabellones y los objetos de aquí, aunque no me hizo recordar nada” (Libro de visitas, S.F.).

En la **dimensión de reconocimiento** se sitúa el énfasis en el vínculo que une a los visitantes con ciertos objetos presentes en la colección, de modo que reconocen su propia historia o la de sus antepasados en ellos. Esta forma de apreciación, por supuesto, es característica de los visitantes regionales, sobretudo de los mayores: “Fue grato encontrar la historia de mi dentista Jorge Stipicic” (Libro de visitas, 17 de diciembre, 2013); “Encontramos muchas cosas que fueron utilizadas en nuestras casas con nuestros abuelos” (Libro de visitas, S.F.); “Muy emocionante ver una réplica del carro panadero en que mi abuelo repartía el pan” (Libro de visitas, 24 de enero, 2011); “Fui contador en la estancia San Gregorio, esas caravanas las trajeron de allá” (Entrevista, 16 de enero, 2014); “Es impresionante y sumamente valorable el trabajo realizado en la mantención y proyección de la identidad regional magallánica. Es para nosotros, descendientes de pioneros, ver cómo se preserva la historia de una región única y maravillosa, lo que nos enorgullece enormemente. ¡Felicitaciones!” (Libro de visitas, S.F.).

La **dimensión de apropiación** se refiere a los discursos que aluden a la importancia de preservar el patrimonio cultural y material para su uso por parte de la población. Algunos visitantes suelen expresar la idea de que es importante que los jóvenes y demás herederos del patrimonio tengan la posibilidad de acceder a su propia historia mediante instancias como los museos. La importancia de conservar y conocer el patrimonio se adjudica a diferentes factores, ya sea como un insumo para construir el futuro, como un medio para comprender la influencia de la historia sobre el presente o como un incentivo para fortalecer la identidad: “Muchas gracias por mantener en perfecto estado un trozo importante de nuestra historia regional. Para quienes amamos nuestro pasado histórico, estar en un lugar maravilloso como este es realizar un viaje imaginario en el tiempo” (Libro de visitas, 16 de enero, 2012); “El museo es un ejemplo de nuestra cultura y forma de vivir. Es hermosa mi ciudad, gracias por conservar este museo con sus cosas típicas” (Libro de visitas, 13 de enero, 2012); “Es importante que se siga manteniendo este patrimonio e incentivar a los jóvenes a impregnarse de esta muestra que implica la unión con las raíces, lo perdurable, lo trascendente” (Libro de visitas, 26 de marzo, 2013); “Paradójicamente, pese a ser gente muy regionalista, me he dado cuenta de que los habitantes de la región no conocen su territorio ni su patrimonio mayormente. Existe más interés externo, por parte del

turista” (Entrevista 14 de enero, 2014); “Conservar esto supone un privilegio frente a otras regiones; en otras regiones no se tiene una historia de esta calidad ni un museo de este tipo” (Entrevista, 4 de febrero, 2014).

Es prácticamente unánime la idea de que el patrimonio se relaciona con la construcción de identidad, al despertar en el visitante un sentido de pertenencia a una comunidad o grupo determinado: “El patrimonio debe ser exhibido porque refuerza el sentido de pertenencia, sobre todo tratándose de una región con características tan particulares, ubicada en el fin del mundo, con un clima complicado (...) El patrimonio contribuye a generar raíces, arraigo, representatividad, todo eso se refleja en el modo de ser pionero” (Entrevista, 4 de febrero, 2014). Otro visitante señala: “*Un pueblo sin memoria es un pueblo sin historia*. La historia muestra de qué manera se llega hasta lo que somos hoy, mediante estas cosas que perduran en el tiempo. A pesar de que yo no soy descendiente de Baeriswyl ni de ninguno de los que salen acá, igual es importante tener consciencia de esto” (Entrevista, 4 de febrero, 2014); “Sin haber sido parte de las familias fundadoras o descendiente directo de los pioneros, de todas maneras se refuerza la identidad regional al visitar el museo” (Entrevista, 4 de febrero, 2014). Esta percepción de la identidad como vínculo entre un sujeto y una comunidad e historia particular se expresa también –quizá de manera más nítida– en cierto abordaje nacionalista del patrimonio realizado por uno de los visitantes: “Es una vergüenza que se tenga tan abandonadas a ciudades como Arica [en relación al reciente fallo de la Haya] o Punta Arenas. Hay que cuidar lo que se posee, conservarlo, mantenerlo, exhibirlo con orgullo” (Entrevista, 29 de enero, 2014). Esta visión apunta, en última instancia, en la misma dirección que las demás visiones del patrimonio, puesto que se lo concibe como una forma de prevenir la desintegración de una comunidad, fortalecer su identidad y cohesión al hacer que quienes entran en contacto con él, se sientan parte de una misma tradición histórica.

La **dimensión histórica** alude a ciertas nociones acerca de la historia regional que se adquieren luego de visitar el museo, o bien, a conocimientos previos que el visitante aplica al entrar en contacto con la muestra. De esta forma, surgen juicios propios sobre eventos y personajes en particular que, a menudo, se hayan mediados por los criterios con los que se construye la muestra museográfica. En el caso particular del Museo del Recuerdo, nos encontramos con juicios como los siguientes: “Gracias por preservar el pasado de los pioneros que gracias a ellos tenemos una gran región” (Libro de visitas, S.F.); “Uno siente nítidamente lo que fue la epopeya de los magallánicos y se llena de nostalgia” (Libro de visitas, S.F.), “Bien por los que llegaron a estas tierras y con gran esfuerzo y simplicidad lograron surgir en este lugar tan remoto” (Libro de visitas, S.F.); “Me he extasiado al recorrer este maravilloso museo que es un extraordinario recuerdo de la pujanza y el sacrificio de quienes han hecho patria y soberanía en este enorme territorio austral, a sus colonos y sus gentes siempre amistosos y con sentimientos que no encontramos en el resto del país” (Libro de visitas, 26 de enero, 2012); “Hoy, con todos los adelantos existentes, nos damos cuenta de la valía de todos aquellos pioneros que dieron lo mejor de sí para el progreso de la región” (Libro de visitas, 14 de febrero, 2011); “Maravilloso lugar que da cuenta de la gran visión magallánica. Felicitaciones por el legado que nos dejaron

aquellos valientes que resistieron el frío, el viento y la lejanía” (Libro de visitas, 1 de febrero, 2011). Observamos que el discurso que sustenta y legitima el criterio de selección museográfica (la epopeya pionera) es reproducido de forma casi idéntica en la mayoría de las apreciaciones históricas. En otras palabras, existe una recepción relativamente unánime del mensaje que el museo quiere transmitir, que se articula como un proceso análogo al de rememorar una historia que nos han narrado: reproducimos su argumento, su conflicto, sus personajes principales y su moraleja.

Finalmente, la **dimensión crítica** repara en la omisión, tergiversación o idealización en que incurre a nivel estructural la formación de una muestra museográfica determinada. “Felicitaciones por conservar la historia que escribieron día a día los ciudadanos, aunque no se menciona que algunos de ellos lo hicieron a costa de la vida de los pueblos patagónicos” (Libro de visitas, 17 de enero, 2011) “(...) esos hombres y mujeres valientes, honrados, duros que hacen historia. Solo falta también más énfasis en cómo vivían las clases sociales más desposeídas para tener una visión más compleja, completa” (Libro de visitas, S.F.).

Estas son las dimensiones que se proponen para abordar la valoración que hacen los sujetos respecto a su patrimonio cuando se ven frente a la situación de articular un discurso – apresurado, por cierto– que dé cuenta de aquello que les ha parecido rescatable o de aquello con lo que se han sentido momentáneamente identificados.

CONSTRUCCIÓN DE UN METARRELATO HISTÓRICO

Como se advierte en las dimensiones anteriores, al momento de referirse a la historia regional según lo observado durante el recorrido, la mayor parte de los visitantes advierte que la hazaña de los pioneros constituye el motivo principal del conjunto. También se alude a otros elementos como lo inhóspito de la región y del clima, el visible avance de los equipos tecnológicos con que contaba la región y una presunta composición mayoritariamente europea de sus colonos.

A lo largo de la obra historiográfica de Martinic, se recurre constantemente al “ímpetu pionero” para dar explicación al asombroso ritmo del progreso que transforma una colonia penal aislada y situada en un territorio inhóspito, en un emporio bullente de actividad industrial, comercial, etc. Los valores con los que se caracteriza al arquetipo del pionero son principalmente la laboriosidad, la iniciativa, las buenas costumbres morales, entre otros, y corresponden sobre todo a la *cultura* del colono de origen europeo.

Existe una correspondencia visible entre el relato histórico que el museo busca transmitir y lo que el visitante percibe. La existencia de este relato implícito resulta evidente, puesto que la mayoría de los pabellones lleva el nombre de pioneros de distintos rubros, acompañado de una semblanza emotiva en torno a su persona: “Enrique Reynard, pionero iniciador de la ganadería ovina”, “el nombre pionero del maestro panadero francés Francisco Aubry” (“Pabellón

Dalmacia”), “Homenaje a los pioneros conductores y mecánicos de los primeros automotores que circularon en la región contribuyendo a la apertura de rutas de progreso” (“Garage Antiguo”), etc.

Existe asimismo una idealización de los valores regionales al presentar la historia local únicamente a través de la perspectiva del progreso encarnado en la figura del pionero, omitiendo o quitando énfasis a otros procesos y sujetos históricos de la región (genocidio indígena, movimiento obrero, colonización de origen nacional, etc.). Por ello, los visitantes suelen formarse visiones optimistas sobre la región luego de visitar el museo: “Tenía el prejuicio de que Punta Arenas era una ciudad abandonada, pero con lo que he visto en la ciudad y en este museo me doy cuenta que es una ciudad muy avanzada” (Entrevista, 29 de enero, 2014).

Tomando en cuenta lo anterior, se puede abordar el relato histórico presente en el Museo del Recuerdo desde la perspectiva de la elaboración del discurso ideológico, en el sentido propuesto por Van Dijk (1999), que se estructura enfatizando los aspectos positivos del grupo (los pioneros, la región de pioneros) por los cuales queremos ser reconocidos externamente, y restando énfasis u ocultando los aspectos que se consideran negativos o irrelevantes para el relato que se quiere construir.

La enfatización de un elemento por sobre otro en las colecciones del museo se puede advertir en una entrevista efectuada a un turista nacional. En esa oportunidad, expresó que sin duda el aporte europeo había sido enorme en la región y por ello se apreciaba un mayor desarrollo respecto al resto de Chile. Recordaba una visita anterior a Arica, donde se veía “más influencia peruana y/o indígena”: “un mayor atraso, la tecnología es más rudimentaria y en los museos solo se exhiben puntas de lanza, flechas, etc.” Pero finalmente añadía que se echa de menos en el Museo del Recuerdo “alguna ruca indígena, pieles de alacalufes, yaganes y esas tribus que había en la época, casas de pobladores chilenos que probablemente eran la mano de obra y no tenían dinero como los europeos. El aporte de estos sujetos probablemente no es tanto, pero igual deberían estar incluidos en el museo” (Entrevista, 14 de enero, 2014).

La percepción de que Magallanes era una ciudad muy avanzada para la época es común en la mayoría de los visitantes foráneos. Debido a la disposición general de las colecciones y la señalética, este avance se concibe como la consecuencia natural de poblar el territorio con colonos europeos —el pionero por excelencia—, lo que se expresa en el siguiente comentario: “Mucho desarrollo de la zona en cuanto a tecnología. Probablemente se le daba más facilidad al europeo, más que al nacional, traían ideas más avanzadas, más plata, tecnología” (Entrevista, 15 de enero, 2014).



Fig. 4. Caldera a vapor, modelo año 1906, de fabricación británica.

Fuente: Foto del autor, 2015.

De esta manera, la disposición de la muestra en el Museo del Recuerdo contribuye al posicionamiento de un metarrelato histórico que busca adjudicar la esencia del ser magallánico – una suerte de *volkgeist*– a la figura del pionero, el cual es presentado en sus muchas facetas: trabajador sacrificado, emprendedor laborioso e incansable, fundador heroico de un pueblo, portador de la civilización y el progreso, etc.

En uno de los documentos inéditos relativos al museo (Ver Anexo 1), Martinic (1981) señala lo siguiente:

Se pretende con esta muestra museográfica ofrecer a los visitantes una información cultural que despierte o avive su interés por los valores de la tradición regional, y en particular rememorar con admirado afecto tanto a los hombres de empresa, como a los operarios y conductores, y demás trabajadores que se sirvieron de tales elementos en diaria labor; o a quienes los fabricaron o repararon, sin olvidar siquiera a los animales que dieron movilidad a la mayoría de dichos artefactos. (p. 1)

En esta suerte de declaración de intenciones, Martinic deja en evidencia que el museo busca ser una especie de semblanza emotiva del modo de producción propio de la historia regional: rememorar al hombre de empresa y a sus trabajadores.¹ Este modo de producción

¹ Se emplea el concepto *modo de producción* en el sentido amplio de una combinación particular de fuerzas productivas y relaciones de producción, abarcando un nivel jurídico-político e ideológico (Harnecker, 1976). Por ejemplo, la relación aludida entre el hombre de empresa y sus trabajadores constituye un nivel de las relaciones de producción (propietarios de los medios de producción y productores directos), así como también lo es la relación

autóctono se concibe como un valor particular de la tradición regional que se quiere rescatar con la muestra museográfica: un “modo de producción magallánico” caracterizado principalmente por la empresarialidad pionera, el flujo colonizador, la ganadería ovina en las estancias, el tráfico mercante por la vía del Estrecho de Magallanes, la adelantada tecnología que apreciamos en las exposiciones y la aparente inexistencia de conflicto entre el mencionado hombre de empresa y sus trabajadores.

Este relato implícito en la muestra, y en cierta forma idílico –pues concibe toda actividad productiva como un esfuerzo indistintamente colectivo en función del progreso– es uno de los sesgos en los que comúnmente incurren las muestras patrimoniales, como lo advierte García Canclini (1999):

El patrimonio cultural expresa la solidaridad que une a quienes comparten un conjunto de bienes y prácticas que los identifica, pero suele ser también un lugar de complicidad social. Las actividades destinadas a definirlo, preservarlo y difundirlo, amparadas por el prestigio histórico y simbólico de los bienes patrimoniales, incurren casi siempre en cierta simulación al pretender que la sociedad no está dividida en clases, etnias y grupos, o al menos que la grandiosidad y el respeto acumulados por estos bienes trascienden esas fracturas sociales. (p. 17)

Si el patrimonio sirve, como lo advierten varios visitantes, de espacio de encuentro para fortalecer la identidad de una comunidad determinada, también puede devenir instrumento que invisibiliza la intervención de otros sujetos y procesos en la historia detrás de un relato totalizante amparado por la indiscutible autoridad de los objetos concretos. En otras palabras, constituye:

una pretensión ideológica por construir ‘lo auténtico’ en núcleo de una concepción arcaizante de la sociedad, y pretender que los museos, como templos o parques nacionales del espíritu, sean custodios de ‘la verdadera cultura’, refugio frente a la adulteración que nos agobiaría en la sociedad de masas. (García Canclini, 1999, p. 31)

Naturalmente, el criterio según el cual se selecciona y exhibe la muestra del Museo del Recuerdo encuentra su correlato en la representación de la región magallánica acuñada por Mateo Martinic –cuya labor intelectual, como ya se mencionó, da origen al museo–; obra que se articula en torno a una épica del esfuerzo pionero y una percepción idílica sobre la colonización de Magallanes:

Otra característica privativa de esta sociedad europeizada de sentimiento pionero fue la ausencia de diferencias notorias entre estratos, como se las conoce en tantas otras comunidades y lugares. El virtual común origen inmigratorio donde la rusticidad y carencia de recursos económicos originales habían sido la norma y la valorización del propio esfuerzo para surgir en la vida, excluyeron del conglomerado social magallánico el lapso semisecular que se considera a cualquier forma diferenciadora de

entre este hombre de empresa y el Estado que le otorga concesiones de tierra. Estas relaciones se codifican en un aparato legal, así como también en ideas, costumbres, etc.

tipo aristocratizante, aun cuando hubo burgueses enriquecidos. Quien pudo consiguió hacerse una posición económica, que para unos –los menos– pudo ser óptima, y para otros medianamente buena, para unos terceros en fin, algo precaria, pero un contexto comprensivo, se reitera, de una gran permeabilidad que daba la oportunidad de mejorar de posición a quien sabía aprovecharla con esfuerzo e inteligencia. Hubo así una pequeña burguesía, como hubo también un estrato popular pobre, quizás circunstancialmente proletario –estado que de cualquier modo nunca hubo de durar mucho– y, entre ambos extremos un amplio estrato medio tipificador de la sociedad magallánica, con rasgos de diferencia en recurso y cultura, perfectamente nivelables. (Martinic, 2003, p. 506-507)

Esta concepción idealizada de la historia regional resulta equívoca para algunos habitantes de la región que entran en contacto con las colecciones del museo. Por ejemplo, una de las guías y estudiante de Pedagogía en Historia señaló que conducía el recorrido del museo dando cuenta de procesos como el genocidio indígena o la Revolución Industrial, pero que no reproducía al pie de la letra el relato de los pioneros, porque le parecía sesgado. También menciona que más allá de ser el escenario de la epopeya y del ascenso individual del pionero, se puede concebir la Región de Magallanes como un centro de articulación social a nivel territorial: sindicalización, organización obrera, migración, etc., todo lo cual permite una autodefinición identitaria alternativa por parte de sus habitantes, en lugar de considerar que la identidad proviene de la gesta de un solo actor (Entrevista, 13 de febrero, 2014). En otra ocasión, un visitante local expresaba una idea similar: reconocía que la donación de los pioneros para el progreso de Punta Arenas había sido relevante (refiriéndose a las obras arquitectónicas, concretamente); pero le llamaba la atención de forma negativa el énfasis puesto exclusivamente sobre ellos: “Los trabajadores, personas comunes y corrientes como mi mamá, quedan al margen de la historia regional” (Entrevista, 20 de febrero, 2014).

De lo mencionado anteriormente se desprende el hecho de que la historia regional centrada en el sujeto pionero, a pesar de querer posicionarse como un metarrelato que aluda a la esencia del ser magallánico, resulta para algunos habitantes un relato sesgado y excluyente. La relación discursiva de sujetos marginados por la historia “oficial”, que incluye una dimensión crítica respecto a ella, no solo actualiza y le da perspectiva a esta última, sino que nos remite inmediatamente a la forma en que se elaboran los relatos históricos.

En su análisis de la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX, White (1973) señala que la construcción del conocimiento histórico suele disponerse bajo la forma de una narrativa específica para obtener un efecto explicatorio, es decir, asignarle un sentido trascendente a lo que de otra manera sería una mera enumeración de sucesos inconexos. Así, a grandes rasgos, la historia regional se construye como el relato de la sorprendente transformación de una región agreste y apartada (una colonia penal, sin ir más lejos) en un emporio progresista; y la explicación de esta transformación viene dada principalmente por su rasgo distintivo: la colonización pluriétnica y el ímpetu pionero (Martinic, 2003). La necesidad de generar este

sentido histórico profundo hace que muchas veces los sucesos se seleccionen y organicen en función de un efecto explicatorio, y no al revés.

[El historiador] hace su relato incluyendo algunos hechos y excluyendo otros, subrayando algunos y subordinando otros. Este proceso de exclusión, acentuación y subordinación se realiza con el fin de construir un *relato de un tipo particular*. Es decir, el historiador ‘trama’ su relato. (White, 1973, p. 17)

De esta forma, se señala que el escrito histórico se vale de mecanismos semejantes a un constructo literario, puesto que el historiador se ve obligado a realizar “elecciones narrativas” que prefiguran su campo histórico: en primer lugar la elección de un personaje que puede ser individual (generalmente un héroe, un prócer), colectivo (un pueblo, una etnia) o abstracto (el comercio, las migraciones); en segundo lugar la elección de los sucesos dignos de ser relatados, y finalmente la elección de un esquema argumental en el que se relacionen los sujetos con los sucesos (Castany, 2009).

En el caso del relato histórico construido en el Museo del Recuerdo y en la obra histórica que lo sustenta, el personaje principal es la figura del pionero que, a través de sus valores, pretende representar a una entidad colectiva: la región. El pionero no solo es el fundador y principal emprendedor en la región, sino que también representa su esencia identitaria y es por esto que todos los objetos de los que se valieron los antiguos pioneros deben ser preservados como patrimonio: para mantener viva esta identidad y recordarle al magallánico que es el heredero legítimo de una suerte de “gen pionero”.² Ahora bien, el pionero –este personaje fundador– no es un héroe cuyas virtudes provengan de ese “crisol identitario” propio de la región, sino que más bien remite exclusivamente a la población de origen europeo. Esta distinción se puede apreciar en la siguiente cita, extraída de la señalética de la sala “Constructores urbanos” del Museo:

Aunque la actividad de carpintería de obra de hecho hubo de darse con los artesanos chilotos que tuvieron la responsabilidad de las primeras edificaciones en Punta Arenas, a contar de 1848, la misma hubo de tener inicio en carácter de apropiada calificación técnica con los primeros maestros del oficio contratados o establecidos a partir de 1852, y en especial desde mediados de los años 70 en adelante, época en que introdujeron el **estilo pionero**³ en la construcción de viviendas. Merecen recordarse los nombres de algunos de estos maestros carpinteros: Juan Federico Lincke y Cristian Neumann (alemanes); Mario Bustamante (chileno); Jorge Hill, Guillermo Wallace, Guillermo Holmes y Enrique W. Briggs (norteamericanos y/o ingleses); Julián Foz,

² Sobre esta materia Martinic (2003) señala: “Cualidades que con razón enorgullecían a la comunidad, en un sentimiento transmitido por tradición a posteriores generaciones, y que se han considerado como propias del modo de ser pionero: la igualdad democrática y la permeabilidad social, la tolerancia, la solidaridad, la sencillez, y sobriedad en el vivir, la laboriosidad, la honestidad del trato, el sentido de la prevención respecto del porvenir, el fuerte sentido de respetabilidad y de unidad familiar, la aceptación de la instrucción y educación formal de los hijos en procura de mejores posibilidades para los mismos en el porvenir, cualidades todas comunes en viejas culturas de allende los mares, que se encarnaron en una mezcla pluriétnica como no la ha habido en Chile” (p. 506).

³ El destacado es mío.

Miguel Gillet y Eduardo Petre (franceses); Federico Cox (inglés) y Antonio Dey (Suizo).

Esta cita resulta ilustrativa de la distinción a la que alude la denominación “pionero”, en tanto que el aludido “estilo pionero” es una construcción conceptual que imbuye, como una suerte de espíritu, cada mínimo rasgo de la incipiente sociedad magallánica: el estilo pionero –calificado– de construcción de viviendas es lo que define el ser regional, por oposición a la carpintería artesanal de los colonos chilotos.

Por otro lado, los sucesos a los que se alude en el museo son principalmente aquellos que contribuyen al “progreso” de la región, es decir, los emprendimientos: iniciación de la navegación mercante, iniciación de la industria ganadera, explotación petrolera, progreso en los servicios urbanos, etc. Todos estos emprendimientos dan cuenta de un escenario de bonanza que se va gestando poco a poco hasta alcanzar su clímax en una edad de oro, de cuyo advenimiento nos dan cuenta los lujosos coches de paseo, la avanzada y diversa tecnología utilizada en todo tipo de faenas o la prevalencia de máquinas de manufactura inglesa. Finalmente, el esquema argumental toma la forma genérica de la epopeya: el pionero –personaje que encarna las más altas virtudes de un pueblo– lleva a cabo estos emprendimientos sobreponiéndose a la adversidad del territorio y el aislamiento, sacrificio que desemboca en la fundación de un nuevo y próspero imperio.⁴

Ahora bien, según la terminología literaria acuñada por White (1973) para clasificar las obras históricas, este tipo de relato histórico también posee elementos propios del romance, en tanto que:

El romance es fundamentalmente un drama de autoidentificación simbolizado por la trascendencia del héroe del mundo de la experiencia, su victoria sobre éste y su liberación final de ese mundo (...) Es un drama del triunfo del bien sobre el mal, de la virtud sobre el vicio, de la luz sobre las tinieblas y de la trascendencia última del hombre sobre el mundo en que fue aprisionado por la Caída. (p. 19)

En nuestro caso podríamos añadir el triunfo de la técnica sobre la naturaleza, de la civilización sobre la barbarie, de la ‘cultura’ sobre las tinieblas. Es la trascendencia romántica del héroe que encarna el progreso sobre las condiciones determinantes, incluso trágicas, de la naturaleza y la sociedad: el clima, el aislamiento, la pobreza de recursos, la estratificación social, el subdesarrollo, etc.

⁴ A este respecto Martinic (1970) señala: “Así el afán laborioso que no conoció límites ni desmayos hizo florecer y producir la tierra, fundó pueblos y ciudades, levantó fábricas, creó flotas y multiplicó los establecimientos rurales, promovió la enseñanza e hizo surgir la cultura, y generó trabajo y prosperidad por doquier” (párr. 20).

ENTRADAS AL VALOR PATRIMONIAL DE LAS MUESTRAS

A continuación proponemos distintas explicaciones en torno a la naturaleza del valor de los objetos exhibidos, con la finalidad de acercarnos a la dimensión política que se encuentra asociada a la ostentación misma de un valor determinado.

La primera explicación del origen del valor tiene relación con el aura de sacralidad que adquieren los objetos al haber entrado en contacto con el pionero, en tanto personaje mítico a cuya presencia remota se hace alusión a lo largo de todo el recorrido. Con este mismo aura de sacralidad se revistieron las reliquias cristianas medievales. En aquella época se consideraba reliquias a los restos mortales de cualquier santo de la cristiandad, y también a los objetos que entraban en contacto con ellos: los elementos de tortura, las cadenas con que los santos habían sido atados o la cruz en que habían sido crucificados constituían reliquias particularmente valiosas. Incluso los trozos de tela u otros objetos que hubieran entrado en contacto póstumo con los restos del santo también adquirirían el estatus de reliquia. Se creía, además, que únicamente la presencia de una reliquia en sus inmediaciones otorgaba el carácter sagrado a las iglesias, en tanto espacio de comunión para la cristiandad (Geary, 1986).

Así, los elementos domésticos y de trabajo que se exhiben en el Museo del Recuerdo, adquieren un valor agregado porque fueron los objetos que acompañaron a la figura del pionero en la gesta de la colonización de Magallanes. Los arados, las carretas de bueyes, niveladoras y hasta las sillas “tipo Viena” que se encuentran en la casa pionera o las azuelas de carpintero usadas en los astilleros mantienen viva la leyenda del sacrificio de los primeros colonos y generan un espacio de comunión para ciertos visitantes regionales en tanto herederos de la misma tradición histórica que los une identitariamente.

Otra posible entrada al tema del origen del valor –y que tiene directa relación con la anterior–, es el abordaje del objeto desde la historia que *acumula* en su materialidad y en su historial de circulación. Es el caso, por ejemplo, de un arcón de madera, con tapa forrada en terciopelo acolchado, que se encuentra ubicado en una de las casas pioneras del museo. Este arcón perteneció a la Gobernación de Magallanes que fue destruida durante el Motín de los Artilleros en 1877; se salvó del incendio porque días antes de este suceso fue donada por el gobernador Dublé Almeyda al doctor Thomas Fenton, quien es recordado, entre otras cosas, por haber sido quien amputó una de sus piernas a María Behety, esposa de José Menéndez. Son objetos que condensan una narratividad histórica, es decir, funcionan como nodos mnemotécnicos entre distintos relatos, experiencias y personajes que configuran el trasfondo histórico de una época dada.



Fig. 5. Habitación de la “Casa Pionera”.

Fuente: Foto del autor, 2015.

Finalmente, los objetos exhibidos tienen valor porque forman parte de una serie genérica de objetos. Es el tipo de valor que adquieren las monedas, los anillos de puros, las estampillas o las tapas de cerveza cuando forman parte de una colección: cada objeto contribuye a dar forma a una suerte de circuito cerrado de significación según su género, que a su vez se inserta en marcos mayores de significación: el sistema mundial de correos, la evolución de los sistemas monetarios, etc. Con la colección museográfica sucede algo similar: el objeto patrimonial forma parte de una serie de objetos semejantes que se yuxtaponen los unos a los otros en función de un relato histórico: el de la fundación pionera de la región. Al mismo tiempo, estos objetos remiten a procesos globales: el comercio internacional, la revolución industrial, las migraciones, etc. El relato histórico, como se expuso anteriormente, actúa organizando la disposición caótica de los sucesos históricos en su “estado bruto” en función de una serie en la cual estos sucesos se transforman en significantes dentro de una estructura superior. Es lo que señala Baudrillard (1968) al expresar que la serialidad de las colecciones actúa “sustituyendo el tiempo” (p. 109), en el sentido en que instauran un tiempo en sí mismas, que resuelve el problema de la irreversibilidad y la singularidad absolutas del transcurso del nacimiento a la muerte. En el caso de una colección articulada en torno a un relato histórico, la operación consiste en sustituir la indeterminación del tiempo pasado y presente por un tiempo mitológico, cíclico:

Hagamos a un lado la mitología espontánea que pretende que el hombre se prolongue o sobreviva en sus objetos. El proceso-refugio no es de inmortalidad, de perpetuidad, de supervivencia en un objeto-reflejo (en esto el hombre nunca ha creído de verdad) sino que es un juego complejo de “reciclaje” del nacimiento y de la muerte en un sistema de objetos. Lo que el hombre encuentra en los objetos no es la seguridad de sobrevivir, sino la de vivir en lo sucesivo, continuamente, conforme a un modo cíclico

y controlado, el proceso de su existencia y rebasar así, simbólicamente, esta existencia real en la que el acontecimiento irreversible se le escapa. (Baudrillard, 1968, p. 110)

Lo que se escenifica con la historia es una suerte de mito fundacional: la creación del mundo a partir de la nada, o más bien una fundación *sobre* la nada primordial de un territorio inhóspito, cuyos primeros habitantes parecen ser considerados como una parte indistinta de la naturaleza doblegada. Este mito original preserva la integridad de una “identidad bien definida” del habitante magallánico que, ante la amenaza de existir en un contexto social cambiante, la renueva constantemente al remitir al origen pionero de la región.

Para seguir adentrándonos en el tema del valor patrimonial de las colecciones, es preciso profundizar sobre el modo en que estas colecciones se formaron. En el documento ya citado sobre el Museo del Recuerdo (Ver Anexo 1), Martinic (1981) señala:

Para su formación fue necesario recorrer prácticamente toda la Región de Magallanes, a lo ancho y largo de su vasto territorio, encontrar o descubrir las piezas, que en su mayoría estaban abandonadas, semidestruidas o deterioradas a la intemperie; convencer a los propietarios para que las donaran para fines de carácter cultural, y luego traerlas hasta el campus del Instituto. (p. 1)

Efectivamente, la mayoría de los objetos que componen la muestra museográfica fueron donados por herederos de antiguas familias pioneras de la región, y en menor medida por empresas y organizaciones como Enap, Asmar, CORA, etc. En el inventario del museo ha quedado registrada esta relación contractual entre donante y museógrafo bajo la siguiente fórmula: “Donación: Sra. o Sr. X. Recibió: Mateo Martinic B.”. Se alude así, a un flujo de objetos desde un contexto familiar o laboral marcado por la obsolescencia, hacia un contexto académico e histórico en el cual estos objetos adquieren un nuevo significado. A cambio de su valor funcional adquieren un valor patrimonial; condensan –a los ojos de los visitantes– el sentido de una época en su estilo particular, en su materialidad extravagante y discontinuada.

No resulta impreciso el hecho de aludir a los “fines de carácter cultural” con que se efectúan las donaciones, puesto que efectivamente las familias donantes están contribuyendo a generar un patrimonio material que fortalece la identidad regional, por más que este patrimonio esté mediado por una discursividad de tinte ideológico que enfatiza únicamente la perspectiva progresista de los pioneros (europeos, en particular) en desmedro de otros procesos y sujetos de la historia regional. Pero, además de estos fines de carácter cultural, la estructura de donaciones que da origen al Museo del Recuerdo conlleva una dimensión política, es decir, una *contienda de valor* (Appadurai, 1986) que determina qué objetos son dignos de ser expuestos (o recordados) como claves para entender la historia regional, cosa que a su vez remite a otra condición: a quiénes pertenecieron, quiénes los usaron, quiénes los heredaron, quiénes los donaron. La *contienda de valor* se sitúa, de este modo, en una esfera de legitimación simbólica respecto a la identidad regional, es decir, una dinámica de inclusión y exclusión de los sujetos hacia este grupo fundador o modo de ser pionero. Las familias y sus respectivos herederos que contribuyen con sus donaciones a las colecciones del Museo del Recuerdo se posicionan como parte de un grupo

que se apropia de los símbolos identitarios de la historia regional: son descendientes de pioneros, herederos legítimos de los valores con que se describe a este personaje y que se extrapolan como los valores propios de la identidad magallánica. Como lo señala Appadurai (1986): “(...) lo que está en disputa en tales contiendas no solo es el estatus, el rango, la fama o el prestigio de los actores, sino también la disposición de los símbolos fundamentales del valor en la sociedad en cuestión” (p. 37).

Así, la donación se articula bajo la forma de un intercambio simbólico: los objetos que abandonan su contexto funcional original entran en un nuevo contexto construido por los intelectuales encargados de procesar el material simbólico de la comunidad, escribir su historia, definir su identidad, seleccionar lo que es propio de la región y lo que no. Un objeto –digamos, una carreta usada en una estancia a principios de siglo– donado al museo, es transportado desde un contexto personal o familiar hacia un contexto comunitario mayor, por tanto, pasa a ser patrimonio de la región entera. Las familias que donan el objeto pasan a formar parte de un panteón regional de héroes fundadores, ya que el objeto se expone como escudo heráldico que descubre el propio origen del donante hasta algún antepasado condecorado con el título nobiliario del pionero.

Esta dimensión política –en el sentido amplio de las relaciones, presupuestos y luchas concernientes al poder– alude a una disputa por posicionar los símbolos propios de un grupo como aquellos representativos –“genuinos”– de la región en su totalidad. La estructura interna de donaciones que da forma al Museo del Recuerdo supone un intercambio destinado no solo a definir el valor de los objetos patrimoniales, sino también el de los donantes y el de los visitantes que se sienten identificados con estos objetos. Existe una construcción recíproca del valor, de un modo similar al que Munn señala con respecto a la circulación de objetos en el sistema *kula*:⁵

Aunque los hombres parecen ser los agentes que definen el valor de las conchas, en realidad, sin las conchas, los hombres no podrían definir su propio valor; en este sentido, los hombres y las conchas son mutuamente agentes de la definición del valor del otro. (citado por Appadurai, 1986, p. 36-37)

Esta es una de las razones por la cual el patrimonio suele servir como herramienta de una clase social –generalmente privilegiada– para legitimar simbólicamente su dominio en un área, como lo señala Batllori (2005):

Las sociedades rescatan ciertos bienes del pasado de manera diferente. La mayoría de las veces la selección de manifestaciones culturales es realizada por las clases sociales dominantes, de acuerdo con sus intereses, pero otras están determinadas por los intereses nacionales del Estado. (p. 53)

⁵ La *Kula* es, a grandes rasgos, un complejo sistema regional de circulación de tipos particulares de objetos valiosos (collares decorados y brazaletes de concha) entre los habitantes de Papúa, Nueva Guinea. Este intercambio constituye un sistema de construcción recíproco del valor entre hombres y objetos, como lo señala Appadurai (1986): “Estos objetos valiosos adquieren biografías muy específicas al moverse de lugar en lugar y de mano en mano; del mismo modo, los hombres que los intercambian ganan o pierden prestigio al adquirir, retener o desprenderse de estos objetos” (p. 34).

De esta forma, a través del patrimonio y su apropiación diferencial por parte de las distintas clases se establece una lectura específica del pasado. La interpretación que se haya implícita en el Museo del Recuerdo consiste, como ya se ha dicho, en una visión idílica sobre la historia, que omite y desenfatisa la presencia de cualquier tipo de conflicto interno (explotación, agitación obrera, genocidio indígena, etc.) así como la participación de otros sujetos (otros colonos chilenos, en particular los chilotes), para centrarse únicamente en el esfuerzo de los pioneros (colonos mayormente europeos) como vehículo del progreso. Bajo ciertas circunstancias, esta visión puede resultar arcaizante y aristocratizante, en tanto sirve para legitimar un estado actual de cosas al interior de la región, puesto que apela a la unicidad del grupo en torno a un origen compartido –donde cualquier intención de cambio social estructural se puede considerar como una afrenta externa al orden social autóctono heredado del obrar pionero– e instaura una clase privilegiada en el manejo del capital simbólico regionalista: los descendientes de pioneros.

CONCLUSIONES

El museo, en tanto espacio en el que dialogan conceptos como la identidad, la historia y el patrimonio, es un lugar de tensión simbólica en el que confluyen las posturas y discursos de distintos actores sociales. Esto se debe a que la acuñación de objetos patrimoniales de importancia identitaria para una comunidad –y su transformación en elementos significantes dentro de un marco histórico– obedece a un criterio específico de interpretación por parte del museógrafo.

En el caso del Museo del Recuerdo, la muestra se articula en función del relato totalizante del historiador regional Mateo Martinic, por lo que los objetos exhibidos se disponen de tal forma que el conjunto opere como evidencia material de la explicación que este autor asigna a los sucesos históricos. El hilo conductor de este relato es la hazaña de los pioneros en tanto acto que inaugura el progreso deslumbrante de una región en difíciles condiciones, por lo tanto las colecciones materiales se reúnen y disponen como elementos en función de este motivo central. En consecuencia, el acto de comunicación (o comunión) silenciosa que implica el contacto de un sujeto con su patrimonio, imbuido con cierta aura de sacralidad, sitúa este relato o explicación histórica en el imaginario colectivo de una comunidad, como dispositivo que refuerza la identidad de sus miembros.

Ahora bien, puesto que el patrimonio se articula en base a categorías que buscan describir la herencia cultural de un grupo dado –ya sea una región, una etnia, un estamento social, etc.–, en su seno existe una constante disputa por los significantes, así como una constante resignificación y reposicionamiento de los elementos que deben ser considerados representativos del grupo. Del mismo modo, se genera una narrativa en la que los elementos representativos del patrimonio se adjudican a un sujeto en particular, de manera que lo invisten con una autoridad en el ámbito simbólico que la mayoría de las veces viene acompañada de cierto grado de poder o privilegio de orden político y económico.

REFERENCIAS

- Appadurai, A.** (1986). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Editorial Grijalbo.
- Baudrillard, J.** (1968). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI Editores.
- Batllore, A.** (2005). Perspectiva educativa ambiental del turismo cultural y alternativo en México. *Boletín de los sistemas nacionales estadístico y de información geográfica*, 1(1), 52-65.
- Castany, B.** (2009). Elementos literarios en los escritos historiográficos: Hayden White y la metahistoria. *Cartaphilus*, (6), 43-46.
- García, N.** (1999). Los usos sociales del patrimonio cultural. En E. Aguilar (Ed.), *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio* (pp. 16-33). Andalucía: Consejería de Cultura.
- Geary, P.** (1986). Mercancías sagradas: la circulación de las reliquias medievales. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 211-239). México: Editorial Grijalbo.
- Harnecker, M.** (1976). *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. España: Siglo XXI Editores.
- Martín, M.** (1970). *Patagonia, materia y espíritu*. Punta Arenas: Corporación de Magallanes.
- Martín, M.** (1981). *Museo del Recuerdo. Instituto de la Patagonia*. Archivo del Instituto de la Patagonia.
- Martín, M.** (2003). Región magallánica: una identidad bien definida. En S. Montesinos (Comp.), *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historias* (pp. 504-511). Santiago de Chile: Cuadernos Bicentenario. Presidencia de la República.
- Van Dijk, T.** (1999). *Ideología, una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- White, H.** (1973). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

ANEXO 1: Documento inédito de Mateo Martinic B.

MUSEO DEL RECUERDO INSTITUTO DE LA PATAGONIA

Objetivos y características

El MUSEO DEL RECUERDO constituye una muestra de carácter histórico-cultural y costumbrista conformada por artefactos de trabajo y servicios, útiles de labranza, maquinaria y vehículos, que en su variedad y conjunto expresan aspectos de la evolución progresista de la economía y sociedad de Magallanes, en especial la fase de la colonización pionera, desde fines del siglo pasado y durante la primera mitad del actual.

Se pretende con esta muestra museográfica ofrecer a los visitantes una información cultural que despierte o avive su interés por los valores de la tradición regional, y en particular rememorar con admirado afecto tanto a los hombres de empresa, como a los operarios y conductores, y demás trabajadores que se sirvieron de tales elementos en diaria labor; o a quienes los fabricaron o repararon, sin olvidar siquiera a los animales que dieron movilidad a la mayoría de dichos artefactos.

Se tiene entendido que este museo es el primero en su genero que se ha creado y que existe en Chile, bajo tal concepción y objetivos. Para su formación fue necesario recorrer practicamente toda la Región de Magallanes, a lo ancho y largo de su vasto territorio, encontrar o descubrir las piezas, que en su mayoría estaban abandonadas, semidestruidas o deterioradas a la intemperie; convencer a los propietarios para que las donaran para fines de carácter cultural, y luego traerlas hasta el campus del Instituto. Aquí se las restauró cuidadosamente y con fidelidad a sus características originales, y se las puso en exposición permanente en una especie de parque de dos hectáreas de superficie. La existencia del Museo a lo largo del tiempo motivó el interés de instituciones y particulares por ofrecer nuevas piezas o elementos, con lo que se enriqueció la muestra. Por fin y dentro de un desarrollo programado se fueron agregando exposiciones autónomas de carácter temático, en edificios ad hoc, con lo que el conjunto museográfico general logró un valor adicional.

Fundación, ubicación y responsabilidad

El Museo comenzó a formarse durante los meses de enero y febrero de 1971, siendo librado al conocimiento público durante el mes de marzo. Se encuentra ubicado en el campus del Instituto de la Patagonia, Avenida Presidente Bulnes km. 4, de la ciudad de Punta Arenas, capital de la Región de Magallanes.

Pertenece al mencionado instituto, que es un centro regional de investigación y tecnología, sin fines de lucro y que depende de la Fundación Magallanes. El Museo mismo constituye una dependencia administrativa de la Sección Historia, Departamento de Historia y Geografía, cuyo titular ejerce la responsabilidad de Conservador.

Organización y estructura museográficas

El Museo del Recuerdo está organizado como una muestra permanente y abierta, al aire libre. Está estructurado en dos áreas, una a la intemperie (muestra original), y otra bajo techo.

La muestra al aire libre se compone de un conjunto formado por 83 piezas (diciembre, 1980), de variado tipo y tamaño, distribuidas en un parque natural, conformando grupos o asociaciones de carácter funcional. Cada pieza posee la correspondiente identificación, con una somera información que ilustra sobre su tipo, antigüedad, tiempo de uso y otras características.

La parte cubierta está conformada por cinco edificios o pabellones que son los siguientes: Cochera "Alberto Fleury", Casa Pionera, Pabellón Marítimo "José Menéndez", Pabellón Ganadero "Enrique Reynard" y Garage Antiguo. Se encuentra en actual habilitación el Conjunto "Alejo Marcou", destinado a la rememoración de las actividades petrolíferas. Sin restar interés a la exposición al aire libre, es indudable que las exhibiciones contenidas en los pabellones por su valor y organicidad son las de mayor atracción, en particular las correspondientes a la Casa Pionera, Garage Antiguo y Pabellón Marítimo.

Todo el acervo o patrimonio museológico está debidamente registrado y catalogado. Existe además información complementaria de carácter histórico destinada a ilustrar las consultas frecuentes de especialistas.

Divulgación

El Instituto de la Patagonia no ha editado boletines o monografías referidos al Museo, en forma especial. En cambio ha informado sobre la existencia y desarrollo del mismo en sus Anales, como ha colaborado con crónicas e informaciones (V.gr. "Mampato" N° 304, año 1975).

Visitas

El Museo del Recuerdo está abierto durante todo el año, tanto en días hábiles como festivos, en un horario tan amplio que alcanza a doce horas en el verano. Se cobra una entrada módica por la visita al campus del Instituto, que incluye el Museo, para fines de mantenimiento.

Otros

La Municipalidad de Magallanes mantiene desde el año 1980 un convenio de cooperación con el Instituto de la Patagonia para contribuir al mantenimiento y conservación del Museo del Recuerdo y en atención al valor informativo cultural y turístico que el mismo constituye.

Sección Historia
Departamento de Historia y Geografía
INSTITUTO DE LA PATAGONIA

Punta Arenas, julio 1981.